



LA DICTADURA, ¿DESARROLLISTA? CLARÍN Y EL «PROYECTO NACIONAL» DE DÍAZ BESSONE (1976-1977).

THE DICTATORSHIP, DEVELOPMENTALISM
CLARÍN AND THE NATIONAL PROJECT OF DÍAZ BESSONE (1976-1977)

Marcelo Borrelli

marcebor@yahoo.com

<http://orcid.org/0000-0001-7091-4885>

Universidad Nacional de Buenos Aires (uba)
Universidad de Buenos Aires
Argentina

RESUMEN

El artículo analiza las posturas editoriales del diario Clarín frente al denominado «Proyecto Nacional» propuesto por el ministro de Planeamiento Ramón Genaro Díaz Bessone durante la dictadura militar. La creación del Ministerio de Planeamiento en agosto de 1976 y el «Proyecto Nacional» conocido en 1977 fueron un intento de los sectores más intransigentes del Ejército de plasmar un plan político a largo plazo que renovara la legitimidad de origen de la dictadura. El Proyecto, de rasgos estatistas, «neo-desarrollistas» y corporativistas, se oponía al plan económico liberal del ministro José Martínez de Hoz, a un eventual diálogo con los partidos políticos tradicionales y concebía un tutelaje de las Fuerzas Armadas sobre la sociedad argentina que finalizaría en la fundación de una «Nueva República».

PALABRAS CLAVE

Clarín, dictadura militar argentina, «Proyecto Nacional», Díaz Bessone

ABSTRACT

The article analyzes the publishing positions of the diary Clarín opposite to the called “National Project” proposed by the secretary of Planning Ramon Genaro Díaz Bessone during the military dictatorship. The creation of the Department of Planning in august, 1976 and the “National Project” acquaintance in 1977 they were an attempt of the most intransigent sectors of the Army of forming a political long-term plan that was renewing the legitimacy of origin of the dictatorship. The Project, of features statist, “new development” and corporatism, was opposed to the economic liberal plan of the secretary Jose Martínez de Hoz, to an eventual dialog with the traditional political parties and was conceiving a tutelage of the Armed Forces on the Argentine society that it would finish in the foundation of a “New Republic”.

KEYWORDS

Clarín, military dictatorship argentina, national project, Díaz Bessone

RECIBIDO

03 | 02 | 2016

ACEPTADO

08 | 05 | 2016

LA DICTADURA, ¿DESARROLLISTA?

CLARÍN Y EL «PROYECTO NACIONAL» DE DÍAZ BESSONE (1976-1977)

Por Marcelo Borrelli

El matutino *Clarín*, uno de los de mayor circulación nacional en 1976, y en ese momento íntimamente vinculado con el ideario del desarrollismo, apoyó abiertamente los objetivos refundacionales del Golpe de Estado de marzo de 1976 y la denominada «lucha antisubversiva», en relación con la represión clandestina contra guerrilleros y militantes políticos opositores que se puso en marcha desde el gobierno militar. Sin embargo, a medida que el ministro de Economía José Martínez de Hoz fue avanzando en su política centrada en la apertura económica, en la valorización financiera y en la desarticulación del mercado interno, *Clarín* fue destacándose como uno de sus más firmes críticos, advirtiendo sobre las contradicciones entre la prédica liberal del Ministro y su práctica concreta, caracterizada por un recurrente intervencionismo estatal en beneficio del sector financiero y de los capitales más concentrados.

En ese marco, la creación del Ministerio de Planeamiento, conducido por el general Ramón Genaro Díaz Bessone, y la propuesta de un «Proyecto Nacional» fueron recibidas auspiciosamente por el diario, en tanto desde el propio seno de las Fuerzas Armadas parecía surgir un programa que obstaculizaría el avance del plan económico de Martínez de Hoz. Y en tanto actor político, cuyo ámbito distintivo es el de la influencia (Borrat, 1989), entendemos que el matutino intentó influir en el frente militar para torcer el rumbo económico hacia posiciones más afines al desarrollismo. En este artículo analizaremos los argumentos del diario ante lo que aparecía como una nueva etapa dictatorial, dando cuenta del contexto de sus interpretaciones y tratando de comprender la lógica que animó su posición editorial.

CLARÍN HACIA 1976

Clarín lanzó su primer número al público el 28 de agosto de 1945. Su fundador fue Roberto J. Noble, quien dirigió el diario hasta el día de su fallecimiento, el 12 de enero de 1969. Desde entonces, y hasta la actualidad, la dirección fue asumida por su esposa, Ernestina Herrera de Noble. *Clarín* tuvo una carrera ascendente desde su primer número y hacia fines de los años sesenta ya se había constituido en uno de los primeros diarios en el ranking de ventas nacionales, con una tirada promedio de 360.000 ejemplares diarios. También se había posicionado como un referente clave de la clase media de los principales centros urbanos de la Argentina, en particular de Buenos Aires (Sivak, 2013).

Hacia finales de la década del cincuenta, y hasta inicios de la década del ochenta, *Clarín* abrazó el ideario político del desarrollismo argentino encabezado por el dirigente Rogelio Frigerio y por el expresidente Arturo Frondizi (1958-1962). Hacia 1970, esta vinculación se concretó en una alianza ideológica, política y financiera con el partido que aglutinaba al pensamiento desarrollista nacional, el Movimiento de Integración y Desarrollo (MID). El vínculo se expresó en su pensamiento editorial y en la participación en el diario de hombres del desarrollismo, quienes trabajaron en la redacción ejerciendo un verdadero «control ideológico» de la línea editorial y de las notas sensibles en relación con la política y la economía.

En una muy breve referencia al ideario desarrollista nacional, debe apuntarse que para el desarrollismo la economía era la base de la cual dependían todos los demás niveles de la vida social argentina. Sin realizar el «cambio de estructuras» que llevaría del sub-desarrollo al desarrollo no podrían resolverse los acuciantes problemas nacionales. La demanda era planteada en términos drásticos, en tanto el país debía regenerarse a sí mismo a través de la «solución desarrollista»: afianzar la sustitución de importaciones, avanzar en la tecnificación del campo y en la integración agroindustrial, integrar productivamente el país, modernizar la producción energética, consolidar el capital interno y estimular la llegada del capital externo, impulsar la inversión y las «industrias de base» –siderurgia, petroquímica, papelera, etc.– y afianzar la alianza de clases entre capital y trabajo para el progreso y para la grandeza nacional, entre sus propuestas más relevantes (Acuña, 1984; Nosiglia, 1983).¹

De todas maneras, para analizar de manera integral la posición editorial del diario en el periodo en estudio, planteamos que su íntima cercanía con la doctrina desarrollista debe articularse con los propios intereses del matutino en tanto empresa periodística. El desarrollismo nutrió a *Clarín* de un perfil ideológico definido y coherente durante los años que duró la alianza –hasta los primeros meses de 1982, cuando la directora decidió terminar la relación y echar a los hombres del desarrollismo–, aspectos que fueron relevantes para reforzar su prestigio y su legitimidad, en un escenario nacional altamente politizado. Sin embargo, la consolidación de *Clarín* como una importante empresa periodística durante el periodo dictatorial, el desprestigio general que fue sufriendo en estos años la política partidaria y, en particular, el desplazamiento del desarrollismo a un segundo plano en la realidad política nacional, pusieron de relieve para quienes conducían el diario que la estrecha cercanía con un pensamiento político extremadamente dogmático y excluyente no favorecía sus crecientes intereses empresariales, orientados, en todo caso, a contar con la flexibilidad suficiente para definir los apoyos o las objeciones políticas del diario según cada coyuntura, en virtud del beneficio empresarial y no del interés exclusivo de un partido político.

CLARÍN Y EL GOLPE DE ESTADO

Desde el Rodrigazo, en junio de 1975, hasta el Golpe de Estado de 1976, la línea editorial del diario fue una caja de resonancia de las críticas negativas que el MID le destinó al gobierno de María Estela (Isabel) Martínez de Perón. Durante este periodo, sus edito-

riales advirtieron en estilo crecientemente *admonitorio*² sobre el incorrecto rumbo que había tomado el proceso abierto en 1973 y sobre el cada vez más necesario «cambio de estructuras» a nivel económico por los «extravíos del populismo», que distribuía pero que no se preocupaba por la producción. Además de indicar, severamente, cuáles eran los errores del gobierno peronista en su orientación económica, el matutino indicó la incapacidad de la Presidenta para imponer autoridad, se mostró crítico sobre las riñas internas que fracturaban al peronismo, señaló la falta de legitimidad de lo que denominaba como la «partidocracia» –en referencia a los partidos políticos tradicionales que, a su entender, carecían de «soluciones» para resolver la situación– y advirtió sobre la falta de representatividad del Parlamento y de la dirigencia sindical y empresarial.

En marzo de 1976, en el marco de la desafección general de la sociedad civil hacia el proceso político encabezado por el peronismo y hacia la institucionalidad democrática –y con la voluntad golpista de las Fuerzas Armadas ya desembozada–, *Clarín* juzgó como «inevitable» el Golpe de Estado (Borrelli, 2016; Blaustein & Zubieta, 1998; Díaz, 2002). No solo por la «ineficacia» del gobierno de Isabel Perón, sino también por la falta de eficacia demostrada por todos los actores tradicionales del sistema institucional para ofrecer una salida duradera a la «crisis nacional» (*Clarín*, 25/3/1976). Para el matutino, las soluciones emanadas de tales actores tradicionales y de una sociedad civil a la que consideraba «enferma» y presa de un extravío «moral», no parecían ser capaces de la refundación que necesitaba el país a través de las «soluciones desarrollistas».

Luego del Golpe, la línea editorial ofreció un «consenso expectante» hacia el gobierno militar, apoyando la restauración del «orden» y la «lucha antisubversiva» y destacando la figura «moderada» de Videla, pero demandando que se implementaran medidas económicas de corte desarrollista. En ese sentido, la proclamación de *Clarín* sobre la necesidad de refundar la Nación en torno a este ideario tendió a coincidir con el tinte refundacional con el que se presentó el propio régimen militar (Novaro & Palermo, 2003; Novaro, 2006) pero, a diferencia del discurso castrense, para el diario la refundación debía concretarse a través del «cambio de estructuras». Por otra parte, avanzada la gestión «liberal» del ministro de economía Martínez de Hoz, *Clarín* se caracterizó por ser un juez crítico de sus medidas «antiindustrialistas», aunque durante 1976 estas se dirigieron a ciertos aspectos puntuales y aún no se expresaron como una crítica general e integradora de la filosofía económica de su plan, que se desplegaría más claramente a partir de mediados de 1977 y en 1978 (Borrelli, 2016).³

EL MINISTERIO DE PLANEAMIENTO Y EL «PROYECTO NACIONAL» (1976-1977)

A principios de agosto de 1976, la prensa se hizo eco de los rumores que indicaban que el gobierno militar preparaba el lanzamiento de una Secretaría de Planeamiento. A fin de ese mes, se supo que se crearía un Ministerio de Planificación (lo cual obligaba a la modificación de la Ley de Ministerios que había sancionado el gobierno para elevarlos de 12 a 13). El ministerio estaría en manos del general y comandante del II Cuerpo del Ejército, Ramón Genaro Díaz Bessone, uno de los denominados «duros»⁴ convencido de que las Fuerzas Armadas estaban librando la lucha anticomunista en el marco de la «Tercera Guerra Mundial» (Círculo Militar, 1998; Díaz Bessone, 1987; Verbitsky, [2002] 2006).

Para la Dictadura, la creación del ministerio tenía motivaciones a corto y a largo plazo. En lo inmediato, era fruto de la resistencia de los sectores «neodesarrollistas» del Ejército hacia los planes antiestadistas de Martínez de Hoz y una concesión por parte de Videla a los «duros» del arma terrestre –cesión a su vez estratégica para Videla, porque Díaz Bessone tuvo que renunciar a la comandancia del II Cuerpo debilitando así el mando de tropa de los «duros» (Novaro & Palermo, 2003)–. A largo plazo, a través de la elaboración de un «Proyecto Nacional», el ministerio tendría que dotar al régimen de un criterio de legitimación que trascendiera el de la «lucha antisubversiva», que se agotaría una vez terminado el exterminio político que estaban llevando adelante las Fuerzas Armadas a través del terrorismo de Estado (Canelo, 2004).

Dentro del abanico de proyectos mesiánicos que pululaban en ese momento, el «Proyecto Nacional» se propondría lograr la adhesión y el consenso de todos los sectores de la Nación para funcionar como base política para la tan mentada refundación de la República que se proponían las Fuerzas Armadas. La idea no era novedosa y remitía a diferentes proyectos que se habían planteado durante el gobierno militar de la Revolución Argentina (1966-1973), algunos emanados del propio gobierno de facto de ese momento (Quiroga, 2004). Uno de ellos había sido, justamente el del, en ese entonces, coronel Díaz Bessone (Quiroga, 2004; Sidicaro, 1996). En 1976, Díaz Bessone se planteaba definir la orientación política, económica, social y cultural de la Argentina en los siguientes veinticinco años. Tanto los civiles como los militares identificados con la elaboración del «Proyecto Nacional» estaban consustanciados con el objetivo de superar la «democracia populista» y de fundar una «Nueva República» que trascendiera la Argentina movimientista del peronismo y del radicalismo. Una vez que estuvieran redactadas las bases del Proyecto, este tendría que ser aprobado por la Junta para iniciarse, luego, el ciclo de «consultas a los argentinos» representados por instituciones,

organismos del Estado, Fuerzas Armadas y otras organizaciones intermedias, exceptuando, claramente, a «subversivos» y a «corruptos». La decisión final sobre su letra y su espíritu sería tomada por la Junta Militar y por el Presidente.

Desde el inicio, los planes de Díaz Bessone causaron recelos hacia el interior del elenco militar y en la propia conducción económica. Las amplias atribuciones que se le habían concedido para plasmar el «Proyecto Nacional» lo transformaban en una suerte de «superministro» que competiría con la influencia de Martínez de Hoz (también Díaz Bessone sería asesor directo del presidente Videla, lo reemplazaría ante ausencias por viajes fuera del país y coordinaría la actividad de otros ministerios). Los planes «estadistas» de Díaz Bessone, que apoyaban un capitalismo desarrollista subsidiado por el Estado similar a la estructura prevaleciente antes del Golpe militar, eran un desafío directo al liberalismo tecnocrático y monetarista de las reformas radicales que se planteaba Martínez de Hoz. Y sus planes políticos, con resabios corporativistas y opuestos a cualquier diálogo con los políticos, se oponían a los escarceos «politicistas» que emergían de la Secretaría General de la Presidencia, cercana a Videla,⁵ y los que aglutinaba el general Viola, hombre fuerte del Ejército y, como se ha mencionado, demiurgo de posibles «salidas políticas».

CLARÍN ANTE LA CREACIÓN DEL MINISTERIO DE PLANEAMIENTO

La creación del Ministerio recibió por parte del diario un rotundo aval, que se expresó en varios editoriales publicados entre agosto y noviembre de 1976, así como en un seguimiento especial en otros espacios de su superficie redaccional de las instancias de su creación, tanto en sus tapas como en la sección dedicada a la política nacional.⁶ Para *Clarín*, este emprendimiento significaba la señal de que el autodenominado «Proceso de Reorganización Nacional» estaba entrando en una «etapa superior» que, a la luz de la evaluación favorable que concitó la idea del «planeamiento», parecía interpretarse como la introducción de políticas cercanas al ideario desarrollista (*Clarín*, 4/9/1976). Según el matutino, se estaba dejando atrás una etapa inevitablemente signada por el «corto plazo» y se asistía al encuadre formal de lo que debía ser la «reorganización nacional», que llevaba implícita la idea de un planeamiento como parte intrínseca del «Proceso» (*Clarín*, 4/9/1976). En sus palabras: «A punto de crearse la Secretaría (o Ministerio) de Planeamiento, no queda duda alguna que el gobierno militar considera necesario encauzar la economía con vistas al mediano y largo plazo» (*Clarín*,

26/8/1976). Ese «encauzamiento» estaba vinculado a la «planificación y el desarrollo», porque para salir del «subdesarrollo» y alcanzar el «estadio de país desarrollado» debía encararse un proceso «debidamente planificado» (*Clarín*, 26/8/1976). Dado que sería un hombre de las Fuerzas Armadas quien encabezaría el Ministerio, ello probaba que eran las tres fuerzas quienes asumían la «responsabilidad de trazar el rumbo» (*Clarín*, 26/8/1976). Según el matutino sí, como el mismo Martínez de Hoz lo había declarado, su política económica no era suya sino propia de los «responsables del poder», eran ellos, entonces, quienes habían decidido «que no se puede avanzar más con la sola aplicación de fórmulas pragmáticas que den respuesta a los problemas coyunturales», en obvia referencia a las medidas de la conducción económica, que en esa coyuntura eran descriptas por su «pragmatismo». De alguna manera, el matutino dejaba en claro la contradicción de proyectos que suponía el planeamiento y la política de Martínez de Hoz, a la que le adjudicaba solo un sentido a «corto plazo» (en otros editoriales había señalado que sus primeras medidas, como la congelación salarial y la liberación de precios, estaban justificadas a corto plazo por la crisis heredada del peronismo). Y daba por supuesto que las Fuerzas Armadas, finalmente, se habían decidido a honrar su historia más vinculada a la estructura del capitalismo subsidiado por el Estado, que a las tendencias tecnocráticas que, desde el seno del gobierno, abogaban por el «libre juego» del mercado.

El matutino enfatizaba que la creación del ministerio de Planeamiento centraba el debate en lo «económico-social». Y, si efectivamente ello era así, entonces para el diario debían aceptarse ciertas hipótesis básicas en relación con la actualidad «político-social»: que «el régimen de reorganización del Estado tiene asegurada su perdurabilidad», aun a pesar de que no disminuían las «interferencias» de quienes querían «apresurar la vuelta al sistema institucional anterior»; que el Estado «monopolizaba la fuerza», no solo asegurando el «inminente» triunfo sobre la «subversión guerrillera», sino también desarmando «a las fuerzas sin control» que se atribuían indebidamente «facultades represivas» (*Clarín*, 28/8/1976). Esto último en obvia referencia al funcionamiento de los grupos de tareas que estaban en plena faena represiva clandestina. Si se analiza detenidamente el sentido de la afirmación, se observa que *Clarín* legitimaba una versión bastante extendida en ese momento en los sectores no informados, la cual no hacía responsable al gobierno militar por la represión, sino que lo ubicaba en un lugar de «víctima» por la acción de grupos «no controlados» que tenían actitudes contrarias al «orden» (el recuerdo de las acciones de la Triple A para el ciudadano común daban

cierta verosimilitud a estas versiones; por supuesto que en el mundo periodístico se sabía mucho más de lo que se publicaba en las páginas de los diarios; Blaustein y Zubieta, 1998; Saborido y Borrelli, 2011; Ulanovsky, [1996] 2005).

Cabe destacar que, pese a la insistencia que *Clarín* había demostrado en editoriales anteriores en remarcar los perjuicios de la «hipertrofia burocrática» sobre la economía nacional y la consecuente necesidad de «redimensionar» el Estado (*Clarín*, 30/3/1976; 4/4/1976; 24/6/1976), no se mencionaba objeción alguna sobre la creación de un nuevo espacio burocrático dentro de la administración estatal.

Al mismo tiempo que adhirió a la planificación como una organización «racional» para el empleo de «recursos escasos», el matutino advirtió sobre algunos potenciales problemas en su implementación (*Clarín*, 6/9/1976). No se trataba de cuestionar la «idea de planificación», sino de sugerir «algunas precisiones» a partir de los «malos antecedentes» que el país tenía en vinculación con los «Planes» y que causaban el «escepticismo» y la «desesperanza» en la opinión pública (en referencia a la utilización que el peronismo había hecho de esta herramienta). Ocurría que en el pasado los intentos de planificación habían sido una «simple proyección hacia el futuro del deseo de sus autores», con metas inalcanzables que aseguraban su incumplimiento. El ejemplo paradigmático era el Plan Trienal que el último ministro de Economía del presidente Juan Domingo Perón, José Ber Gelbard, había propuesto para el periodo 1974-1977 (y que para el matutino constituía «el paradigma de lo que no hay que hacer»).⁷ *Clarín* había dedicado intransigentes invectivas contra ese Plan, al que consideraba una falacia y un peligro para el desarrollo (*Clarín*, 14/6/1975; 22/6/1975; 2/1/1976; 31/1/1976). Aunque no solo era la experiencia «populista» la que incurría en estas anomalías, sino también los cálculos anuales de los Presupuestos nacionales desde hacía muchos años raramente se veían luego contemplados en la realidad económica. Por lo tanto, para no repetir «experiencias anteriores» la planificación tenía que servir para establecer «precisas prioridades», debido a que los recursos humanos y financieros eran escasos. El acierto en la fijación de las prioridades era la condición de «éxito» del plan, principalmente las de tipo económico. Por último, otra «condición esencial» era la «razonabilidad» de los objetivos que se procurasen alcanzar, teniendo en cuenta que el plan era solo el primer término de una ecuación más amplia (*Clarín*, 6/9/1976).⁸

Por su parte, en los primeros días de septiembre de 1976 el MID extremaba los términos de su confrontación con la conducción económica de la dictadura, en un documento público titulado *La política económica y el proceso nacional* (MID, 1981: 20-23). Era el

tercer «memorándum» del partido desde el golpe de Estado, luego de apoyar abiertamente la intervención golpista de las Fuerzas Armadas.⁹ En términos contundentes, el documento le advertía al gobierno militar sobre los errores de la política económica; según el MID se estaba «engendrando una recidiva de la crisis» y el gobierno de las Fuerzas Armadas tenía en su seno «un peligroso foco de disgregación». El desarrollismo apuntaba directamente contra la conducción económica acusándola de haberse negado a adoptar «medidas de fondo» que incluyeran la racionalización del sector público y la promoción de la inversión y el desarrollo. Las «recetas monetaristas» que se habían aplicado ni bien iniciado el «Proceso» habían mejorado los «términos del intercambio» de manera meramente «circunstancial». Lo concreto era que no había perspectiva de inversión extranjera y que el desequilibrio en el sector público seguía siendo un obstáculo para frenar el desarrollo. Además, el desarrollismo alertaba sobre la «dramática» caída del salario real, el «continuado» descenso de la producción que «agravaría el empobrecimiento general del país» y el «sacrificio popular» que había conllevado el plan recesivo puesto en marcha en abril de 1976.

Sin embargo, las críticas a la política económica distaban de ser un gesto de oposición política hacia las Fuerzas Armadas:

... a pesar del panorama económico descrito, nada indica que ese cambio deba buscarse fuera de los marcos actuales del proceso. El cuadro económico no sugiere un retorno al electoralismo y las falsas opciones que presentaba el anterior esquema institucional.¹⁰ Es cierto que las dificultades del actual gobierno despiertan sueños imposibles en la partidocracia. Pero en el país no hay condiciones, ni debe haberlas, para una vuelta al pasado. [...] Nuestras críticas sobre la orientación económica deben ser formuladas con franqueza, pero nuestra posición no debe favorecer los planes de quienes quieren hacer girar para atrás la rueda de la historia. [...] [la presencia de las Fuerzas Armadas] Así como rechazan el electoralismo que llevó al país a la actual situación, rechazan el elitismo y buscarán articularse a un movimiento nacional de amplia base.

Eso es lo esencial del actual proceso, que tiene una neta índole revolucionaria, pese al lenguaje oficial y al propio pensamiento de muchos de sus dirigentes. [...] Si apreciamos correctamente la realidad, nuestra acción no dejará de ser difícil y compleja, pero estará presidida por el convencimiento de que el triunfo de las Fuerzas Armadas será el triunfo del pueblo argentino y nuestro propio triunfo» (MID: 1981: 22-23).¹¹

Finalmente, el 29 de septiembre de 1976 se creó el Ministerio de Planeamiento. La medida fue rechazada por los representantes del liberalismo «tradicional», como Álvaro Alsogaray y el diario *La Nación* (Sidicaro, 1993), que se quejaron de la impronta «intervencionista» del proyecto y señalaron la contradicción que encarnaba la medida en relación con el discurso liberal de la conducción económica. En efecto, los analistas políticos se interrogaban sobre cuál sería el tenor de esa intervención, cuando era el propio gobierno desde su ministerio de Economía quien enarbolaba sus diatribas contra el «estatismo» a favor del liberalismo de mercado.¹² Aún más, la idea de planeamiento no solo se asociaba directamente con el intervencionismo peronista y el desarrollismo nacional, sino que en el plano externo se ligaba a los planes económicos de los países socialistas de la esfera soviética. Nada más alejado, en teoría, con los valores «occidentales y cristianos» declamados por el «Proceso».

La animadversión que despertó la creación del Ministerio obligó a *Clarín* a defender los escarceos planificadores (*Clarín*, 20/11/1976). Según el matutino, las críticas no estaban exentas del «prejuicio» y de la «intemperancia ideológica». En principio, descartaba como un argumento válido aquel que señalaba que los métodos de planeamiento fueran únicamente una característica de las economías socialistas. Allí estaban, por caso, los ejemplos francés, japonés y brasilero para atestiguar la eficacia del planeamiento en el marco de economías capitalistas. El problema del «reiterado fracaso» argentino en la materia no debía suponer un desprestigio hacia esta herramienta. En todo caso, como ya lo había mencionado, la experiencia argentina debía servir como prueba de los errores que no debían volver a cometerse (interrupción de planes, medidas de amplio alcance y poca precisión en sus prioridades, entre otros). A diferencia del pasado, se trataba de que los planes tuvieran una formulación simple y «coherente» y que sean de realización concreta. Era esto lo que para *Clarín* se esperaba del Ministerio (*Clarín*, 20/11/1976). La defensa del diario del emprendimiento oficial expresaba palmariamente que para el desarrollismo vernáculo significaba

la posibilidad real para que la «revolución del 24 de marzo» se encaminara sobre las expectativas refundacionales que había generado, y descartara definitivamente los planes «pragmáticos» que la desviaban de ellas.

El 25 de octubre, el general Díaz Bessone asumió como nuevo ministro de Planeamiento. Según el matutino, «la revolución» iniciada el 24 de marzo entraba «de pleno en su segunda etapa, la de la planificación». No era que hasta allí se hubiese obrado sin plan: en los hechos estaba funcionando desde el inicio del régimen pero sin haberse formulado en «cláusulas rígidas» (*Clarín*, 2/11/1976). En los meses siguientes, Díaz Bessone realizó algunas declaraciones públicas en las que intentó ofrecer mayores precisiones sobre el futuro «Proyecto Nacional». *Clarín* le brindó un espacio relevante a esas declaraciones en la sección de Política nacional, lo que confirmaba la importancia editorial que se le había otorgado a la iniciativa.¹³

A partir de 1977, el régimen dio diversas señales que parecían mostrar que se iniciaba un «tiempo político» y así fue percibido por analistas, por periodistas y por dirigentes políticos. El gobierno, muy apegado al simbolismo de las efemérides y de las fechas representativas, intentó utilizar el primer aniversario del «Proceso» como la inauguración de una nueva etapa que incluía el «fin del silencio» y la proximidad de una propuesta «política» a la sociedad civil. El terreno ya había sido preparado por Videla en una entrevista concedida a *Clarín* a fines de enero, donde había mencionado esta posibilidad (*Clarín*, 30/1/1977). Y el 6 de marzo de ese año, Videla declaró ante periodistas que se había agotado «el tiempo del silencio» y que se estaba entrando en una etapa de mayor participación, que desde ya «no significaba la política eleccionaria», sino el aporte de opiniones para la estructuración de un futuro democrático. Opiniones que se encontrarían en un diálogo que comprendería a economistas, sociólogos, hombres del quehacer cultural y del pensamiento político sin «rótulos partidistas» (*Clarín*, 7/3/1977). Superada la etapa «ordenancista» de 1976, significaba la entrada en la etapa de la «conciliación» y la «creatividad», según había adelantado Videla en el reportaje del 30 de enero. En el periodo de «creación», las Fuerzas Armadas tendrían la responsabilidad de formular a la población una «propuesta bajo el signo de la unidad nacional» (*Clarín*, 31/3/1977), y del diálogo tendría que surgir la democracia «fuerte, estable y moderna» que los militares prometían como el corolario de su cruzada refundacional.

Los planes de Díaz Bessone parecían confundirse con esta nueva etapa, aunque no estaba claro si el futuro «Proyecto Nacional» sería considerado por el poder militar como su propuesta política definitiva hacia la sociedad civil (lo que, efectivamente, no

ocurrió). Sin embargo, en sus declaraciones del 6 de marzo, Videla negaba la intención de alentar «algún tipo de corporativismo», lo cual parecía dirigido a desalentar a los sectores «duros» del Ejército que rechazaban el aceleramiento de una «salida política» (también la idea de la «unión nacional» se orientaba en el mismo sentido). Palabras que fueron aprobadas como «prudentes» y «atinadas» por *Clarín*, debido a que en su apreciación las «fórmulas corporativas» se alejaban de las tradiciones políticas argentinas (*Clarín*, 20/4/1977) (esta observación da cuenta de que su apoyo al «planeamiento» no se traducía en un acuerdo a la prolongación del régimen militar más allá del tiempo necesario para «refundar» el país, y ni que esa «refundación» implicara desterrar el sistema republicano).

La declaración de Videla generó amplia expectativa en los partidos políticos, que creían ver inaugurada, así, la nueva etapa que los cobijaría para darle mayor sustento cívico al «Proceso». Sin embargo, el contenido semántico de la «apertura» difería entre lo que los políticos pretendían significar y lo que los militares comprendían como tal.¹⁴ Más allá de las diferencias internas que fracturaban al frente militar, por esos momentos la concepción de una apertura política tenía como prerrequisito la subordinación a la tutoría de las Fuerzas Armadas. Días más tarde, el ministro del Interior, Albano Harguindeguy, se encargó de aclarar que la finalización del «tiempo del silencio» no significaba la apertura de un diálogo con agrupaciones políticas (*Clarín*, 18/3/1977),¹⁵ palabras estratégicamente dirigidas para calmar a los «duros». Estas dilaciones tenían como una de sus finalidades «ganar tiempo» para los planes económicos a largo plazo de Martínez de Hoz, a la vez que demostraban la ambivalencia que existía hacia dentro de las Fuerzas Armadas con respecto a cómo plasmar la tan mentada «refundación» y que no existía una posición homogénea sobre el futuro del proceso político.

Clarín, por su parte, saludó positivamente las declaraciones de Videla y consideró que se iniciaba la «apertura hacia otra etapa del proceso» (*Clarín*, 13/3/1977). Su editorial del 8 de marzo resaltó la «claridad conceptual» de Videla al dar por finalizado el «tiempo del silencio» y, en línea con el pensamiento militar y como lo había sostenido en otras oportunidades, recordaba que ese nuevo tiempo político no era una mera convocatoria a un nuevo acto eleccionario. Por el contrario, «... resulta obvio que no hay asambleas constituyentes útiles antes de formalizarse el Plan Nacional. Ni elecciones, parciales o generales, por supuesto, hasta consumado el cambio que trascienda el plano puramente coyuntural» (*Clarín*, 8/3/1977). La democracia formal no solucionaría las cosas si antes no se consumaba la refundación que estaba pendiente. Y el «Proyecto Nacional» sería un paso en la cumplimentación de tal objetivo.

Finalmente, en mayo de 1977, el ministerio de Planeamiento dio a conocer las bases del «Proyecto Nacional» y a inicios de agosto la Junta lo aprobó (Canelo, 2004; Sidicaro, 1996; Vázquez, 1985). El documento tendría que ser debatido entre las tres Armas antes de su redacción final. Según Díaz Bessone, una vez aprobadas las bases se iniciarían «consultas» con personas con «antecedentes válidos para el requerimiento que se les haga en el campo de cada una de sus actividades» (*La Prensa*, 6/5/1977, en Quiroga, 2004: 103). Aunque en un primer momento aclaraba que las consultas no tendrían como interlocutores a «sectores políticos o gremiales», más tarde aseguró que el proyecto de una «Nueva República» no se concebía sin «partidos políticos, es decir, que las grandes corrientes de opinión tendrán que canalizarse a través de partidos políticos, indudablemente» (*La Opinión Semanal*, del 26/8/1977 al 1/9/1977, en Quiroga, 2004: 103). Declaraciones por demás ambiguas con respecto a quiénes incluiría la tan promocionada «consulta».

El diagnóstico basal del «Proyecto Nacional» de Díaz Bessone se arraigaba en una fundamentación ético y filosófica, con elementos teóricos provenientes de la Ciencias Sociales (Sidicaro, 1996; cit. por Canelo, 2004: 272). A partir de una evaluación del periodo 1880-1976, las bases del Proyecto indicaban que luego de la Generación del '80 el país había carecido de una «gran política», cuya expresión paroxística había sido la «demagogia populista» del periodo 1973-1976. En el orden político y social, estaba teñido de tendencias corporativistas y antipartidistas, y ostentaba un acendrado conservadurismo elitista que desconfiaba de la sociedad de masas. Los plazos políticos previstos eran graduales y a largo plazo (recordemos que la dictadura había advertido en marzo de 1976 que no tendría plazos, sino objetivos), previniendo una etapa de transición con la incorporación de civiles hacia mediados de la década 1980, hasta completar, en 1991, la «Nueva República» tutelada por las Fuerzas Armadas. Al final de ese proceso se preveía la constitución de una fórmula republicana, representativa y federal.¹⁶ A nivel económico, la «Nueva República» se establecería a partir de una sólida orientación estatal para lograr la «modernización» de la Argentina. Si bien el Estado debía mantener el principio de subsidiariedad, también debía orientar la actividad económica. Para lograrlo desde una posición fortalecida debía «redimensionar» la administración pública (con lo cual incorporaba la premisa ligada al liberalismo). Entre sus objetivos económicos principales mencionaba la preservación del «poder de decisión nacional» sobre los países desarrollados y las empresas transnacionales -cuya acción, y la de los capitales extranjeros, debían estar orientadas según las prioridades de la economía argentina-, la manutención de una política de «redistribución del ingreso» que no frenara la inversión y el crecimiento y la ejecución de inversiones públicas

(Canelo, 2004: 272-5). Los objetivos económicos del «Proyecto Nacional» se alineaban con las pretensiones del ideario desarrollista y estaban en flagrante contradicción con el plan de Martínez de Hoz.

En este punto, es necesario recordar que en junio de 1977 Martínez de Hoz había lanzado la Reforma Financiera, que arbitraba la creación de un mercado financiero de corto plazo libre de regulaciones en el marco de la apertura de la economía (Schvarzer, 1986: 61-2). Su funcionamiento era una «ruptura completa» con respecto al pasado (Canitrot, 1980: 23). Hasta ese momento, las políticas estatales eran las principales orientadoras del mercado de capitales y el Estado era el principal reasignador de recursos hacia la industria. Ahora, sería el accionar del mercado financiero el árbitro fundamental en la reasignación de recursos entre sectores económicos. Pese a ser el eje de la política económica de Martínez de Hoz, la Reforma no fue lanzada con grandes anuncios, ni un discurso especial. Durante el primer tiempo de implementación se intentó mostrarla como un eslabón más de un plan más amplio tendiente al desarrollo productivo del país (Schvarzer, 1986: 69). En ese sentido, hubo una intención explícita de «desorientar» a la opinión pública y a los factores de poder.

Paralelamente, *Clarín* fue agudizando su estilo admonitorio hacia la política económica desde el segundo semestre de 1977, destacando el incumplimiento de los planes de racionalización del Estado pregonados por Martínez de Hoz en abril de 1976, la implementación de una política económica contraria a la industria nacional, la persistencia inflacionaria y la especulación financiera en desmedro del sistema productivo, entre otras críticas. En agosto de 1977, cuando se aprobaron las bases del «Proyecto Nacional», todos los editoriales referidos a la economía nacional contenían señalamientos críticos y admonitorios, cada vez más frontales en sus referencias negativas hacia la conducción económica. Este estilo admonitorio distaba del tono más complaciente que el matutino utilizaba cuando se refería al gobierno en su integridad, o a cuestiones sensibles como la «lucha antisubversiva», temas en donde solía defender a las Fuerzas Armadas.

La aprobación de las bases del «Proyecto Nacional» por parte de la Junta Militar, a inicios de agosto de 1977, recibió una calurosa acogida de parte del diario (*Clarín*, 30/8/1977). Su editorial se mostraba del todo de acuerdo con el espíritu refundacional que preveía la letra de las bases, y repasaba en estilo apologético sus puntos principales.¹⁷ *Clarín* destacaba su «fundamento ético» y sus «principios morales» que se identificaban en los valores «universales» porque era «occidental y cristiano». Desde su punto de vista, en la vida de la comunidad implicaría la vigencia de un «patrón ético»

que podría evitar las «pequeñas y grandes corruptelas», desde el soborno y la evasión de impuestos hasta el mal estacionamiento de los autos. Reconocía su «fórmula republicana, representativa y federal» que prefiguraba una «sociedad plural regida democráticamente». Pero advertía que aún estas formulaciones eran «grandes objetivos, pero solo eso». Para hacerlos efectivos demandaba ciertos «compromisos»: acelerar lo más rápidamente posible su implementación «para que la indefensión nacional y la vacancia de la formalidad democrática no se prolongue indefinidamente», dar participación a todos los sectores en el «diálogo» que se iniciaría y no excluir de él a los sectores del trabajo. De la misma forma que lo hacían las bases del Proyecto, *Clarín* recordaba que la Generación del '80 había sido la última en el tema de «proyectos y modelos» y que luego la Argentina podía hacer un «inventario» de sus «notorias falencias». Por ello había que «recuperar el tiempo perdido» integrando productivamente a la Argentina, construyendo su infraestructura, invirtiendo en los recursos energéticos y consolidando a la Nación frente a los «voraces apetitos imperialistas», entre otras de las demandas tradicionales de la «solución desarrollista» (*Clarín*, 30/8/1977). La referencia sobre el necesario aceleramiento de los tiempos indicaba, también, que la profundización de la política económica de Martínez de Hoz podía tener efectos irreversibles sino se anteponía una política contraria. El «Proyecto Nacional» significaba esa posibilidad y la opción más afín al ideario desarrollista dentro de los planes gubernamentales para «reorganizar» el país.

Sin embargo, el anhelo de una «Nueva República» refundada tendrá poco tiempo de vida y será prontamente olvidada por el régimen. En octubre de 1977 Díaz Bessone elevó a la Junta un reclamo para obtener definiciones sobre el «Proyecto Nacional» y para forjar que Planeamiento se convirtiera en un Ministerio con mayor poder. Paralelamente, en noviembre de 1977, el ministro viajaba por todo el país para informar personalmente sobre la puesta en marcha del «Proyecto Nacional». Aunque el planeamiento parecía gozar de muy buena salud, Videla no cedió a la demanda de Díaz Bessone y éste renunció el 30 de diciembre de ese año.

El final del ministerio se debió a varios factores convergentes. La ambición de Díaz Bessone por acumular más poder implicaba recortarle capacidad de decisión a Martínez de Hoz; Videla no estaba dispuesto a tal concesión y avaló al único y verdadero superministerio: el de economía. Tampoco el proyecto consiguió apoyos internos en las Fuerzas Armadas que fueran decisivos, ni tuvo una mayor proyección sobre la sociedad civil. Por último, la renuncia de Díaz Bessone coincidió con el inicio de un proceso de decadencia de los sectores «duros» del Ejército ligados a la represión clandestina.¹⁸ La

presión que estaba ejerciendo Estados Unidos desde la presidencia de James Carter por la sistemática violación de los derechos humanos obligó al gobierno a buscar un nuevo discurso legitimador y la reivindicación de la «lucha antisubversiva» pasó a un segundo plano por el temor a sanciones económicas y a perder definitivamente el favor de los centros financieros mundiales, fundamental para el plan de reformas económicas en curso (Canelo, 2004: 278).¹⁹ En definitiva, como señala Hugo Quiroga:

No fue, sin duda, el proyecto del General Díaz Bessone la propuesta política del régimen militar, en todo caso fue la propuesta de un sector del Ejército, que no logra gravitar sobre la conducción del gobierno ni establecer un liderazgo en el seno de las Fuerzas Armadas. [...] la renuncia de Díaz Bessone -y el fracaso del proyecto nacional- se ubican en el cuadro de las divisiones y vaguedades políticas incrustadas en el seno de las Fuerzas Armadas (2004: 105).

La renuncia del ministro resolvió momentáneamente a favor del sector liberal lo que aparecía como una confrontación entre dos concepciones diferentes sobre el rol del Estado en la economía y el tipo de reformas sociales a implementar. Pero la renuncia no resolvió el conflicto, que se trasladó hacia otros ámbitos estratégicos pero menos visibles del poder militar (Canelo, 2003; cit. por Pucciarelli, 2004: 122). Según Marcos Novaro & Vicente Palermo (2003; cit. por Pucciarelli, 2004: 122), la contraposición entre el proyecto «neodesarrollista» de Díaz Bessone y el liberal de Martínez de Hoz recorrió toda la Dictadura cívico militar y allí residió uno de los puntos determinantes para comprender los conflictos irresueltos que llevaron a la descomposición del poder militar. De todas maneras, la oposición entre estos grupos no se tradujo en una confrontación total, porque ambos lograron llegar a puntos de acuerdo o a consensos implícitos. Por ejemplo, los «neodesarrollistas» no se opusieron categóricamente al plan de reformas liberales, mientras que los liberales aceptaron el crecimiento de los gastos militares, los planes de obras públicas y el financiamiento con recursos públicos de las empresas estatales (Novaro & Palermo, 2003; cit. por Pucciarelli, 2004: 125)

Clarín, luego de haber apoyado sin ambigüedades el proyecto planificador, decidió no opinar editorialmente sobre la renuncia de Díaz Bessone, que sí fue anunciada en la tapa el 31 de diciembre de 1977. Ya a esa altura, las invectivas contra el plan de

Martínez de Hoz eran desembozadas y continuarían su curso hasta 1981, advirtiendo una y otra vez sobre el perjuicio que estaba causando a la «empresa nacional» y al país en su conjunto.


A MANERA DE CONCLUSIÓN

La política editorial de *Clarín* ante al emprendimiento de Díaz Bessone puede alinearse con la actitud de aquellos sectores civiles con llegada al poder militar que intentaron influir en algunos de los sectores del frente castrense para que impusieran políticas asociadas a su propio ideario. Ante el avance de Martínez de Hoz en sus planes, con el fundamental aval del presidente Videla, el matutino –en tanto exponente del pensamiento desarrollista–, trató de influenciar para que desde el seno de las Fuerzas Armadas se torciera el rumbo del plan económico, que ya a partir de la segunda parte de 1977 había comenzado a generar resistencias en los propios sectores empresarios vinculados a la producción en el mercado interno (y a los que *Clarín* les ofreció sus páginas para que se expresaran). Evidentemente, el desarrollismo, que históricamente había tenido buenas relaciones con los sectores «estadistas» de las Fuerzas Armadas, esperaba de ellos una «reacción» para contener a Martínez de Hoz y para reconducir la economía a las sendas del «desarrollo». De allí la aprobación a lo que interpretó como la «nueva etapa» que surgiría del «planeamiento».

En el caso de los planes de Díaz Bessone, hubo un claro apoyo del matutino a la noción de «planeamiento» asociada a la creación del Ministerio a su cargo, principalmente en relación con que el Estado era el que debía planificar los grandes trazos de la economía nacional, sin que ello implicara obstaculizar el desenvolvimiento de las «fuerzas productivas». Para *Clarín*, el Estado era el que debía incentivar el desarrollo de esas fuerzas productivas, propiciar nuevas inversiones y determinar las áreas prioritarias del desarrollo en función de los «planes» beneficiosos para la Nación en su conjunto. La planificación era la mejor herramienta para consolidar ese rumbo. En relación con las bases del «Proyecto Nacional» pergeñado por Díaz Bessone, el acercamiento pareció establecerse, principalmente, en relación con las previsiones económicas, que le otorgaban un rol activo al Estado en la economía y que ponían el eje en el desarrollo productivo, aunque incluyendo tópicos cercanos al liberalismo, como la «racionalización» estatal. También, hubo coincidencias en los fundamentos «ético-filosóficos» con

los que se pretendía legitimar el «Proyecto Nacional», como también en su perspectiva «elitista» y en su desconfianza hacia la sociedad civil «inmadura» y «enferma».

El diario, sin embargo, se diferenció del «Proyecto Nacional» al no coincidir con las tendencias corporativistas y extremadamente largoplacistas previstas en sus bases. En ese sentido, si bien

Clarín en 1976-1977 afirmaba que no tenía sentido llamar a elecciones o apurar la llegada de una democracia «formal» porque antes debía implementarse el «cambio de estructuras», creía en la institucionalidad republicana, representativa y federal (pero en su concepción «madura» y «fuerte», a la que se arribaría luego de la refundación). Y su tendencia «antipartidaria» y «antipoliticista», por la cual despreciaba a la «partidocracia», no era tan radicalizada como para coincidir palmo a palmo con los «duros» del Ejército, que planeaban prescindir definitivamente de estos actores, organizar políticamente el país a partir del peso de las «corporaciones» y concretar una cesión tutelada del poder a los civiles recién hacia la década de 1990. Por último, la nula referencia y defensa al «Proyecto Nacional» luego de la renuncia de Díaz Bessone, indica que para el diario se trató más de un apoyo coyuntural en el marco de las fragmentaciones y disputas internas ya mencionadas, que de una apuesta estratégica por un programa que representara totalmente su ideario. 

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

ACEVEDO, Manuel; BASUALDO, Eduardo; KHAVISSE, Miguel (1990). *¿Quién es quién? Los dueños del poder económico (Argentina 1973-1987)*. Buenos Aires: Editora/12 y Pensamiento Jurídico.

ACUÑA, Marcelo (1984). *De Frondizi a Alfonsín: la tradición política del radicalismo/1*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.

BLAUSTEIN, Eduardo; ZUBIETA, Martín (1998). *Decíamos ayer. La prensa argentina bajo el Proceso*. Buenos Aires: Colihue.

BORRAT, Héctor (1989). *El periódico, actor político*. Barcelona: Gustavo Gili.

BORRELLI, Marcelo (2016). *Por una dictadura desarrollista. Clarín frente a los años de Videla y Martínez de Hoz (1976-1981)*. Buenos Aires: Biblos.

CANELO, Paula (2004). «La política contra la economía: los elencos militares frente al plan económico de Martínez de Hoz durante el Proceso de Reorganización Nacional». En Pucciarelli, Alfredo. *Empresarios, tecnócratas y militares: la trama corporativa de la última dictadura* (pp. 219-312). Buenos Aires: Siglo XXI

CANITROT, Adolfo (1980). *La disciplina como objetivo de la política económica. Un ensayo sobre el programa económico del gobierno argentino desde 1976*. Buenos Aires: Cedes.

CANITROT, Adolfo (1983). *Orden social y monetarismo*. Buenos Aires: Cedes.

CASTELLANI, Ana (2004). «Gestión económica liberal-corporativa y transformaciones en el interior de los grandes agentes económicos de la Argentina durante la última dictadura militar». En A. Pucciarelli *Empresarios tecnócratas y militares* (pp. 173-218). Buenos Aires: Siglo XXI

CASTELLI, Eugenio (1991). *Manual de periodismo*. Buenos Aires: Plus Ultra.

CÍRCULO MILITAR (1998). *In Memoriam*. Tomo I. Buenos Aires: Centro de Estudios del Círculo Militar.

DÍAZ BESSONE, Ramón Genaro (1987). *La guerra revolucionaria en Argentina*. Buenos Aires: Fraterna.

DÍAZ, César Luis (2002). *La cuenta regresiva. La construcción periodística del golpe de Estado de 1976*. Buenos Aires: La Crujía.

KANDEL, Pablo y MONTEVERDE, Mario (1976). *Entorno y caída*. Buenos Aires: Planeta.

MID (Movimiento de Integración y Desarrollo) (1981). *La crisis argentina (periodo 1976-1981). Planteos y proposiciones del Movimiento de Integración y Desarrollo (MID) frente al postergado desafío de la reconstrucción nacional*. Buenos Aires.

NOSIGLIA, Julio (1983). *El desarrollismo*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.

NOVARO, Marcos (2006). *Historia de la Argentina contemporánea. De Perón a Kirchner*. Buenos Aires: Edhasa.

NOVARO, Marcos; PALERMO, Vicente (2003). *La Dictadura Militar 1976/1983*. Buenos Aires: Paidós.

QUIROGA, Hugo (2004). *El tiempo del «Proceso». Conflictos y coincidencias entre políticos y militares: 1976-1983*. Rosario: Homo Sapiens.

PUCCIARELLI, Alfredo (2004). «La patria contratista. El nuevo discurso liberal de la dictadura militar encubre una vieja práctica corporativa». En A. Pucciarelli *Empresarios tecnócratas y militares* (pp. 99-172). Buenos Aires: Siglo XXI

ROUGIER, Marcelo & FISZBEIN, Martín (2006). *La frustración de un proyecto económico. El gobierno peronista de 1973-1976*. Buenos Aires: Manantial.

SCHVARZER, Jorge (1986). *La política económica de Martínez de Hoz*. Buenos Aires: Hyspamérica.

SABORIDO, Jorge & BORRELLI, Marcelo (coordinadores) (2011). *Voces y silencios: la prensa argentina y la dictadura militar (1976-1983)*. Buenos Aires: Eudeba

SEOANE, María & MULEIRO, Vicente (2001). *El Dictador. La historia secreta y pública de Jorge Rafael Videla*. Buenos Aires: Sudamericana.

SIDICARO, Ricardo (1993). *La política mirada desde arriba. Las ideas del diario La Nación, 1909-1989*. Buenos Aires: Sudamericana.

SIDICARO, Ricardo (1996). «El régimen autoritario de 1976: refundación frustrada y contrarrevolución exitosa». En Quiroga, Hugo; Tcach, César (comps.). *A veinte años del golpe. Con memoria democrática* (pp. 9-25). Rosario: Homo Sapiens.

SIKKINK, Kathryn (2009). *El proyecto desarrollista en la Argentina y Brasil: Frondizi y Kubitschek*. Buenos Aires: Siglo XXI.

SIVAK, Martín (2013). *Clarín. El gran diario argentino. Una historia*. Buenos Aires: Planeta.

ULANOVSKY, Carlos [1996] (2005). *Paren las rotativas. Diarios, revistas y periodistas*. Buenos Aires: Emecé.

URIARTE, Claudio (1992). *Almirante Cero. Biografía no autorizada de Emilio Eduardo Massera*. Buenos Aires: Planeta.

VÁZQUEZ, Enrique (1985). *La última. Origen, apogeo y caída de la dictadura militar*. Buenos Aires: Eudeba.

VERBITSKY, Horacio [2002] (2006). *La última batalla de la Tercera Guerra Mundial*. Buenos Aires: Sudamericana.

NOTAS

1 El surgimiento del desarrollismo se asocia a las ideas promovidas luego de la Segunda Guerra Mundial desde la Organización de las Naciones Unidas (ONU), que reunió en su seno los debates que se venían dando desde la Gran Depresión de los años treinta y durante la guerra. Tres corrientes de ideas fueron decisivas en la ONU para la aparición del desarrollismo: la creencia de que el desarrollo socioeconómico incidía en los problemas de seguridad internacional; la doctrina de «los derechos y los deberes económicos de los Estados», que planteaba que los Estados tenían derecho soberano para formular sus políticas económicas y que era un deber para los demás países ayudarlos a alcanzar un desarrollo adecuado; y que el control estatal sobre las políticas económicas era «científicamente» correcto, siguiendo la tradición inaugurada por el keynesianismo. Bajo este influjo, en 1948 se creó en el seno de esta organización, y a instancias de los países latinoamericanos y del Tercer Mundo, la Comisión Económica para América Latina (CEPAL) que constituyó una fuente privilegiada de ideas desarrollistas, aunque convivió con otras corrientes de este pensamiento (Sikkink, 2009).

2 El estilo admonitorio exhorta al cumplimiento de reglas, advierte peligros, y llama al orden y a la concordia buscando un equilibrio permanente en el sistema frente a las contradicciones que alcanzan niveles de grave enfrentamiento (Castelli, 1991).

3 Durante 1976, las preocupaciones económicas del diario se focalizaron en el alto déficit estatal, la poca eficiencia del Estado, el alto costo social de la reducción salarial decretada por Martínez de Hoz, la falta de incentivos para la inversión extranjera y la inversión productiva, la carencia de una política que estimulara las «industrias básicas» y las rebajas arancelarias.

4 Desde el inicio del gobierno se manifestaron disputas facciosas en el interior de las Fuerzas Armadas que revelaron el grado de fragmentación del poder militar. El general Roberto Viola representaba para muchos analistas el sector

«politicista» o «moderado» del Ejército dispuesto a discutir, a partir de 1977, el futuro político del país con representantes de los partidos tradicionales. Los «duros» -como los generales Ibérico Saint Jean, Luciano Benjamín Menéndez, Díaz Bessone, Guillermo Suarez Mason o el mencionado Díaz Bessone- planteaban en cambio un largo período de gobierno militar y aunque no formaban una coalición ideológica homogénea los unía su ferviente anticomunismo, en su mayoría se oponían a la política económica de Martínez de Hoz (no Saint Jean) y rechazaban las intenciones de diálogo político de los «moderados» (Canelo, 2004: 262). Además, se trataba de los militares comprometidos directamente con las operaciones de la represión ilegal. Entre ambos polos del Ejército, se ubicaron los proyectos políticos del almirante Emilio Massera (Uriarte, 1992). Por su parte, Videla intentó trascender las disputas internas, debido a su función presidencial y a su apoyo incondicional a Martínez de Hoz (Novaro & Palermo, 2003: 179), aunque para muchos analistas se enrolaba con los «moderados».

5 El secretario general de la presidencia, general José Villarreal, y su segundo, el abogado y dirigente radical balbinista Ricardo Yofré, se inclinaban por el acercamiento a los civiles, la negociación política y la «moderación». A su vez, tenían buena relación con el ministro de Trabajo, Horacio Liendo, y con el general Viola, representantes del ala «politicista» (Uriarte, 1992: 123).

6 Por ejemplo, la noticia sobre la asunción de Díaz Bessone como nuevo ministro de Planeamiento ocupó la tapa del matutino en tres oportunidades. El 23 de octubre, con el titular «Planeamiento. Asumirá el lunes el general Díaz Bessone»; el 25 de octubre, día de la asunción, bajo el titular «Planeamiento. El ministro asumirá hoy»; y el 26 de octubre, donde titulaba: «Videla puso en funciones a Díaz Bessone».

7 El «Plan Trienal para la Reconstrucción y la Liberación Nacional. 1974-1977» condensaba la filosofía económica de Gelbard y contenía diversas estadísticas económicas que se preveían para el período invocado, pero que no llegaron a concretarse (Kandel y Monteverde, 1976: 27).

8 Según *Clarín*, el beneficio de la planificación podía observarse en el caso de Brasil, ya que el gobierno militar brasilero había sido el primero en crear un Ministerio de Planeamiento que tuvo un rol importante en su desarrollo económico (*Clarín* 21/11/1976). La orientación desarrollista y abierta al capital extranjero

del régimen militar que gobernaba Brasil desde 1964 era para *Clarín* el ejemplo paradigmático de la implementación eficaz de la «solución desarrollista». Por lo general, se apelaba al ejemplo brasilero para resaltar la equivocada dirección que se le había impreso a la economía argentina desde el Estado «populista» del último peronismo. Esta comparación se volverá más recurrente luego del golpe militar de 1976, más precisamente cuando Martínez de Hoz acelere los pasos de su plan económico y *Clarín* profundice su evaluación negativa sobre la conducción económica (*Clarín*, 4/5/1976; 15/7/1976; 22/11/76; 2/12/76; 12/5/77; 14/11/1977). Al comparar la experiencia económica brasilera con la Argentina, *Clarín* tendía a realizar una absoluta abstracción de las particularidades de cada uno de los países, de sus composiciones sociales, de sus conflictos, de sus historias políticas y económicas. En ese sentido, la postulación del ejemplo brasilero se realizaba desde una mirada tecnocrática para la cual solo se debía trasladar el tipo de medidas que se implementaban en Brasil al contexto argentino, lo cual parecía por sí sólo asegurar su éxito.

9 El MID manifestó públicamente su apoyo al nuevo gobierno militar en su primer documento oficial luego del golpe de estado (MID, 1981: 10-12). Si bien allí mostraba cierta preocupación porque en la conducción económica se habían designado «hombres del grupo liberal» y porque el programa económico era de «inspiración monetaria», aseguraba: «El apoyo tiene que ser [...] franco y total, desprovisto de especulaciones secundarias. Si se nos pide que ocupemos cargos debemos hacerlo, sin suponer que nos conviene hacerlo más adelante. Lo que le conviene al país, lo que le conviene a la revolución nacional le conviene a todos y a cada uno de los desarrollistas» (MID, 1981: 11).

10 Resaltado en el original.

11 La posición del MID generó un debate entre el desarrollismo y el ministerio de Economía. *Clarín* mencionó el debate en su edición del 19 de septiembre de 1976, tanto en la columna política dominical firmada por Joaquín Morales Sola, como en una crónica donde se transcribía en su totalidad el «memorándum» desarrollista. No hubo mención de la polémica en los editoriales del matutino, lo que permite columbrar que, pese a la relación estrecha entre el MID y *Clarín* y a que el diario fue un crítico de la política económica, fue también cuidadoso en no repetir el estilo confrontativo del MID.

12 Sin embargo, cabe destacar que tras el discurso racionalizador, antiestatista y eficientista-liberal que tremoló el equipo encabezado por Martínez de Hoz, durante su quinquenio al frente del ministerio de Economía (1976-1981) el Estado tomó un rol primordial como asignador de recursos, subsidios y prerrogativas que beneficiaron a los sectores más concentrados del capital (Castellani, 2004). En contraposición, perjudicó estratégicamente a las pequeñas y medianas empresas, con una política de «desindustrialización selectiva» (Rougier y Fiszbein, 2006: 10). De esta manera, el Estado militar se convirtió en un gran interventor a favor de ciertos sectores privilegiados de la economía, consolidando un «liberalismo corporativo» que combinó su discurso liberal con prácticas intervencionistas (Pucciarelli, 2004; sobre el poder económico en esta etapa véase Acevedo, Basualdo y Khavisse, 1990).

13 A mediados de enero de 1977, *Clarín* le dedicó una página entera a analizar la posible reforma constitucional que, según Díaz Bessone, implicaría el futuro «Proyecto Nacional». La crónica incluía una foto del ministro y analizaba sus declaraciones en relación a que se iniciaría una etapa de consultas a «diversos sectores de la actividad nacional» que durarían dos años y a que la nueva etapa significaba la finalización de un «ciclo histórico» para dar nacimiento a una nueva República (*Clarín*, 17/1/1977). Más tarde, el 9 de mayo de 1977, Díaz Bessone anunciaba en conferencia de prensa que las consultas para el «Proyecto Nacional» demandarían dos años, que se iniciarían dentro de un mes y que no se trataba de «consultas a sectores políticos y gremiales». La noticia fue intercalada en la sección Política, en un recuadro especial titulado «Habló Díaz Bessone», que incluía la foto en primer plano del ministro de Planeamiento (*Clarín*, 10/5/1977).

14 El panorama político dominical de *Clarín* recogía bien esta realidad y advertía: «Los políticos leyeron el lunes pasado las declaraciones del Presidente y las interpretaron a su modo. Algunos con cautela y satisfacción: otros, los menos, con franco entusiasmo y creyendo que se viene una primavera anticipada, cuando en realidad todavía es crudo invierno para los partidos como tales» (*Clarín*, 13/3/1977).

15 Y el propio Videla, en su mensaje al país del 31 de marzo, aclararía: «La propuesta que se formulará al país, debe quedar claro, no supone la existencia de un calendario electoral» (*Clarín*, 1/4/1977).

16 Las propuestas elitistas y corporativistas tenían buen recibimiento en sectores empresariales rurales como la Confederación de Asociaciones Rurales de Buenos Aires y La Pampa y los bancos de la Asociación de Bancos Argentinos. Si bien las propuestas de Díaz Bessone (y también la de otros «duros», como los generales Olivera Rovere y Saint-Jean, o el civil Jaime Perrioux) no concitarán mayores adhesiones en el frente militar y en la sociedad civil, funcionaron como un alerta para el ala «politicista» del Ejército que aceleró la preparación de su plan de bases políticas (también influenciado por la incertidumbre ante el futuro pase a retiro de Videla, quien había contenido los intentos de los «duros») (Novaro & Palermo, 2003: 203-5).

17 El estilo apologetico busca difundir los beneficios de determinado sistema de gobierno (Castelli, 1991: 195-196).

18 Seoane y Muleiro (2001: 307) mencionan que la renuncia de Díaz Bessone también estuvo vinculada a cuestiones «menos» ideológicas y más pragmáticas: en 1977 la inteligencia británica detectó un contrabando de armas desde Argentina hacia Centroamérica, negocios espoleados por Massera que les disputaban los «duros» del Ejército, Suárez Mason y Díaz Bessone. Según los autores, esto habría acelerado su salida del gobierno.

19 Viraje que se plasmará en el discurso de Videla del 29 de marzo de 1978, donde señalará una división entre un primer periodo de «lucha contra la subversión» ganada militarmente y un segundo periodo, que inauguraba ese discurso, vinculado a la «construcción», la «creatividad» y la formulación de una política para la «unión nacional», basada en la formación de «nuevas corrientes de opinión» extrapartidarias para avanzar hacia el objetivo de una «convergencia cívico-militar».